



NOHEWI

HASTA QUE  
LA MAGIA  
NOS SEPARE

CROSS  
BOOKS

NOHEWI

HASTA QUE LA MAGIA  
NOS SEPARE

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Nohemi García  
© de la imagen de cubierta: Lady Desidia  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: marzo de 2021  
ISBN: 978-84-08-23939-0  
Depósito legal: B. 2.441-2021  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## LA ÚLTIMA NOCHE

Zoe se movía sin parar y soltaba sus famosos grititos en ese tono agudo tan propio de ella. Sabía que estaba nerviosa, pero si seguía así iba a conseguir que nos descubrieran.

—Para ya, que nos van a oír —le susurré.

—Es que aún no me puedo creer que vayamos a hacerlo —respondió ella, esforzándose por quedarse quieta y tapándose la boca con la mano.

—Esto se llama empezar a lo grande... —dijo Lena sonriendo—. Pero el cabrón de mi ex se lo ha ganado a pulso.

Los hoyuelos se le marcaban cuando sonreía, y estaba preciosa. Miré a mis dos mejores amigas y de repente sentí una punzada de pena. Era nuestro último año en el Westwood High School, y sabía que cuando acabara las echaría muchísimo de menos. Pero me sobrepuse a la tristeza, me calé mi sombrero favorito y dije:

—El año que viene estaremos en la universidad, o

sea que... ¡este es el último curso para hacer las cosas a lo grande!

El primer día de clase no había sido nada emocionante, pero nosotras habíamos planeado terminar la jornada por todo lo alto. Con el insti casi vacío, sin profes a la vista y el equipo de fútbol cambiándose después del entrenamiento, esperábamos junto a las taquillas, con la espalda pegada a la pared y los oídos atentos a cualquier ruido.

—Eh, ¿lo oís? —dijo Zoe—. ¡Ha llegado el momento!

En efecto, se oía el sonido de las duchas en el vestuario de los chicos.

—¡Allá vamos! —exclamó Lena.

En el vestuario todo estaba tranquilo, solo se oían risas y comentarios al fondo, en la zona de las duchas. Aprovechando que nadie podía pillarnos, cogimos toda la ropa que había tirada sobre las banquetas y los uniformes colgados en las perchas.

—¿Las cogemos también? —preguntó Zoe señalando la colección de zapatillas deportivas esparcidas por el suelo, la mayoría el doble de grandes que las mías.

—Mejor no —le respondí—, no podremos cargar con todo, y además me apuesto lo que quieras a que son tóxicas...

Salimos corriendo, cada una cargada con una montaña de ropa.

—No sé si las zapas serán tóxicas, pero te aseguro

que mi montón apesta como un vertedero nuclear... ¡Qué mal huele, por favor! —se quejó Zoe.

No podía verle la cara, ni ella la mía, porque las pilas que transportábamos eran de una altura considerable, pero me reí al decir:

—Te habrá tocado la ropa de Paul... ¡No veas cómo suda! No sé cómo pudiste enrollarte con él.

—No me lo recuerdes, por favor —respondió Zoe—. Yo tampoco lo entiendo.

—Es lo que pasa cuando bebes demasiado ron con cola —dijo Lena desde detrás de su montón—. Con el ron, pierdes el control. Por eso yo prefiero la cerveza, al menos así puedo saber con quién me enrolló.

—Ya, pero a mí la cerveza me hincha la barriga... —se excusó Zoe.

—Qué dices, ¿si tienes menos barriga que Angelina Jolie! —le respondí, porque aunque Zoe está delgada, siempre se queja de que si esto o lo otro la hace engordar.

—No, no, tengo un poco de barriga —dijo Zoe—. En serio, creo que he desayunado demasiadas tortitas y llevo todo el día sintiéndome hinchada.

Me acerqué a ella con mi montón de ropa.

—¡Huele esto y las tortitas desaparecerán de tu estómago!

—¡Aparta eso! —protestó Zoe, huyendo de mí.

—Venga, chicas, basta de cachondeo que tenemos que esconderlo todo —nos apremió Lena—. Podemos dejarlo debajo de los asientos de las gradas, ¡así

tendrán que pasearse por todo el campo para encontrarlo!

Riendo, llegamos al campo de fútbol americano, que después del entrenamiento estaba vacío. Repartimos las camisetas, pantalones y calzoncillos por las gradas y fuimos a toda prisa a la caseta donde se guardaba el material de limpieza. Zoe había conseguido una copia de la llave porque su madre era presidenta de la asociación de familias de alumnos y tenía las llaves de todas las puertas, menos la del despacho de la directora.

Puse un cubo del revés y me subí encima, porque la única ventana de la caseta estaba un poco alta.

—Déjame sitio —pidió Lena, arrastrando otro cubo a mi lado.

—Desde aquí lo veremos perfectamente y, lo más importante, ellos no nos verán.

De repente el equipo de fútbol al completo llegó en tromba desde los vestuarios y se puso a correr por el campo, exactamente igual que una manada de elefantes cabreados: desnudos y, sobre todo, furiosos.

Alguno se había puesto las zapatillas deportivas, pero la mayoría iban descalzos. Cuando estuvieron en mitad del campo se pararon y empezaron a mirar a su alrededor, buscando su ropa. ¡Qué graciosos estaban, todos apiñados y con cara de no entender nada!

Se pusieron a discutir entre ellos, hasta que el capitán, Zack Walker, que estaba buenísimo, ordenó a

dos de ellos que fueran a buscar por el campo... No podíamos oírles, pero era evidente lo que estaba pasando: el capitán había decidido que se mantuvieran juntos y que dos de ellos hicieran de exploradores.

Cómo nos reímos cuando los exploradores encontraron parte de la ropa esparcida por las gradas y se pusieron a gritar y a dar saltos de alegría. ¡Menudo espectáculo! Entonces el grupo entero corrió hacia las gradas y empezó a rebuscar por debajo de los asientos. ¡Qué risa!, de verdad.

—¡Qué gran momento, tías! —exclamé.

—¡Mirad, allí está el cabrón de Robert! —exclamó Lena.

—Oye, está más bueno en pelotas que vestido, ¿verdad? —comentó Zoe.

El exnovio de Lena no estaba mal, la verdad, pero yo no sentía ninguna simpatía por él después de que le hubiera puesto los cuernos a mi amiga durante el verano.

—Bah —dije—, en realidad no hay para tanto.

—Además, aunque esté bueno, es un imbécil y le apestan los pies —añadió Lena.

—Y no tiene nada que hacer al lado de Zack... —dije yo.

—Bueno, es que Zack juega en otra liga —respondió Lena—. Y parece que los rumores de que está muy bien dotado son ciertos...

—Decidme que no les estáis mirando ahí abajo —dijo Zoe.



—Venga, hombre, si es la mejor parte de esto  
—respondió Lena.

—O sea que lo de la venganza era una excusa,  
¿no? —le dije riendo.

Zoe y Lena se echaron a reír, y por poco nos cae-  
mos las tres de los cubos.

Entonces Zoe exclamó con cara horrorizada:

—¡Margaret!

—¿Qué pasa? —pregunté asustada.

—Tu sombrero... —dijo Lena.

—¡Mierda! —exclamé al llevarme la mano a la ca-  
beza.

—Mierda..., sí, mierda.

Mi sombrero no estaba, y yo nunca voy sin som-  
brero. A los doce años descubrí que los sombreros me  
sentaban genial, no solo porque me hacían sentir tan  
glamurosa como una chica de París, sino porque tam-  
bién servían para ocultar mis ojos. No tengo nada en  
contra de mis ojos, que son de un azul bastante boni-  
to, según todo el mundo, pero según la profesora Par-  
ker de segundo de primaria, cuando me enfadaba,  
mis ojos daban miedo, y ese comentario me marcó (y  
no solo a mí, sino a toda la clase: mis compañeros es-  
tuvieron mucho tiempo provocándome para que me  
enfadara y poder sentir el miedo que daban mis ojos).

Con el subidón de adrenalina debía de haberse caí-  
do, y entre las risas y la emoción no me había dado  
cuenta de que ya no lo llevaba. Ni yo ni mis amigas.  
Y el problema era doble: yo no estaba acostumbrada a

ir por ahí sin sombrero y me sentía tan desnuda como los chicos del equipo de fútbol (bueno, tanto no), y dependiendo de dónde se me hubiera caído, podía ser una pista que los llevara claramente hacia mí. Porque no había ninguna otra chica en el insti que llevara sombrero, porque nunca he sido de esas personas populares que se ponen un jersey peludo y al día siguiente todo el mundo va con jerséis peludos. Nadie suele fijarse demasiado en mí, ni en mis amigas. Somos más bien de las del montón... y no tengo ningún problema con eso, ¿eh? Que quede claro: odiaría que todo el insti estuviera pendiente de mí, de la ropa que llevo y de lo que hago. Odiaría que todo el insti llevara sombrero. Prefiero observar a ser observada. Es mucho más interesante, y se aprende más.

—¡Oh, mierda! —repetí.

—Eso ya lo has dicho... —dijo Lena.

—Solo espero que no se me haya caído en los vestuarios. Sería lo que técnicamente llamarían una prueba en el lugar de los hechos, ¿no? —dije.

—O en el escenario del crimen... —añadió Zoe.

—Calla, que tampoco hemos matado a nadie, tía —protestó Lena dándole un codazo.

—Hemos matado algunos mitos... porque Paul apestará a sudor, pero a Rick ya no lo miraremos con los mismos ojos...—dije intentando no perder el humor.

Lena y Zoe entendieron perfectamente por qué lo decía: Rick estaba buenísimo, pero al verlo desnudo

habíamos descubierto que las cosas no le iban tan bien ahí abajo como en los bíceps.

—Venga, ahora que se han ido, vamos a buscar el dichoso sombrero —propuso Lena.

Entonces nosotras nos convertimos en las exploradoras, corrimos y buscamos por los alrededores, en las gradas y en los pasillos. Pero mi sombrero no aparecía por ninguna parte.

—La ley de Murphy dice que estará en el vestuario, lo sabéis, ¿verdad? —dijo Zoe.

—Es probable —respondió Lena—, y no podemos volver a comprobarlo porque ya lo habrán cerrado. Zoe, no habrás cogido las llaves, ¿verdad?

—No —dijo Zoe—, solo he cogido la de la caseta.

—Pues tendremos que quedarnos con la duda y cruzar los dedos... —resolvió Lena.

—Ojalá nadie lo encuentre —suspiré.

—En algún lugar de Marblehead estará... —dijo Zoe.

—Pues espero que el viento se lo haya llevado lejos del insti —repliqué—. Bueno, chicas, ya casi es de noche, yo me tendría que ir.

Nos despedimos y cada una se fue por su lado. Volviendo a casa, me dije que en realidad había sido una buena forma de empezar el último curso en el instituto. Aunque estaba enfadada conmigo misma por haber perdido mi sombrero favorito, pensar en el equipo de fútbol en pelotas en medio del campo me hacía sonreír. ¡Seguro que Lena, Zoe y yo recordaríamos ese momento toda la vida! Ya podía vernos a las

tres, hechas unas viejecitas arrugadas, riendo sin parar en el Midnight Coffee y comentando la jugada.

Y yo tomando un Pumpkin Spice Latte, por supuesto.

Pero a medida que me acercaba a mi calle, otro pensamiento se impuso en mi cabeza: Erik.

Erik había sido mi rollo de verano y lo había pasado genial con él, pero esa historia había llegado a su fin. Sabía perfectamente que el final de mi aventura con Erik se acercaba. De hecho, quedaban menos de veinticuatro horas. Y, como siempre que estaba a punto de terminar un rollo con un chico, mis sentimientos eran un poco confusos.

¿Cómo sería el final? No podía adivinarlo, solo podía esperar.

Cuando entré en casa, mi padre, su mujer y Jim, mi hermano pequeño, estaban terminando de cenar. Saludé y subí directamente a mi habitación, porque no tenía ganas de pasar un rato en plan «familia feliz». A veces lo intentaba, y me esforzaba de verdad, pero ese día no me apetecía. No me llevaba demasiado bien con Amanda, mi madrastra, y seguramente era en parte por mi culpa. No se lo ponía fácil, porque no me caía bien. Me parecía superficial, siempre pensando en combinar el color de sus joyas con la ropa que llevaba, siempre pendiente de lo que hacían los vecinos, metiéndose constantemente con mi estilo de vestir, que calificaba de gótico-cutre. Aunque yo sabía que mi padre tenía todo el derecho a rehacer su

vida después de que mi madre nos abandonara y comprendía que no tenía por qué caerme bien la persona que él eligiera, no podía evitar estar tensa cuando tenía a Amanda cerca.

Mi madre desapareció de Marblehead cuando yo tenía diez años, sin dejar ni siquiera una nota. Nunca volvimos a tener noticias de ella, a pesar de que la policía estuvo buscando por todas partes y el pueblo entero se volcó haciendo batidas durante meses... Y aunque mi padre quedó igual de destrozado que yo, al cabo de un tiempo consiguió superarlo. A mí me costó bastante más... y ya lo he aceptado, pero sigo sin entender qué motivos podía tener para esfumarse sin dar explicaciones. Con los años he aprendido a respetar su decisión, y nunca he dejado de recordarla ni de quererla. De hecho, desde el día en que se fue no me he quitado jamás el colgante con la punta de cuarzo engarzada en plata que me regaló por mi cumpleaños. El último que pude celebrar con ella.

Además, ella y yo teníamos un vínculo que iba más allá de la relación madre-hija: compartíamos un secreto sobre quiénes éramos, y cuando se fue perdí a la única persona con la que podía hablar del tema. Quedé doblemente huérfana, supongo que por eso me costó más que a mi padre superar la pérdida.

Una de las cosas que más me gustaba de ella era que me hablara de nuestro origen. Me sentía una persona especial cuando mi madre me trenzaba el pelo y me contaba que yo era la decimotercera descendiente

de Beatrice, una bruja que escapó de ser ahorcada en la masacre de Salem de 1692.

La historia de Beatrice me ponía los pelos de punta, no solo porque era terrible sino porque era parte de mí. Beatrice escapó de la horca en Salem, el pueblo de al lado, estando embarazada. Consiguió esconderse y dio a luz en el bosque, pero murió en el parto. La mujer de un cazador la encontró, muerta, con su hija colgada del pecho. Se apiadó de la criatura y se la llevó con ella, salvándole la vida. Gracias a esa mujer, yo estoy aquí. Mi madre me contó que cada una de las descendientes de Beatrice tuvo una sola hija, y que todas morían al dar a luz, hasta que esa terrible cadena se rompió con mi madre. Ella decía que había conseguido quebrantar aquella tradición mágica y funesta, pero, cuando yo le preguntaba cómo lo había hecho, su respuesta era ambigua: me decía que la magia solo se podía romper con magia, pero que yo aún era demasiado pequeña para entenderlo. Todas las hijas que vinieron después de la de Beatrice llevaban el nombre de una de las diecinueve víctimas que murieron ahorcadas. Mi madre se llamaba Susan.

Yo esperaba ser tan especial como ella, y deseaba que llegara el día en que pudiese comprender cómo funcionaban las cosas cuando eras descendiente de una bruja. Estaba segura de que ya era lo suficientemente mayor para entenderlo, pero ahora mi madre ya no estaba para contármelo y no tenía a nadie más con quien hablar del tema. Sabía que mi padre no lo

entendería, o que directamente me tomaría por una loca fantasiosa con pretensiones de grandeza.

Como cada noche, saqué la caja de madera que escondía debajo de la cama. Ahí guardaba lo que, a excepción del colgante de cuarzo, me quedaba de mi madre: piedras, colgantes, un estuche con una pluma de ganso para escribir y cuatro fotos. No era demasiado, pero era muy importante para mí. Cogí la foto que más me gustaba, un primer plano de su cara sonriente, con los ojos azules medio ocultos por su pelo cobrizo y ondulado, los dientes blancos, con las dos palas un poco torcidas hacia dentro, con expresión de auténtica felicidad.

Mirar esa foto me servía para recordar quién era yo, de dónde venía. La pena es que no pudiera decirme adónde iba. Pero bueno, al fin y al cabo podía considerarme afortunada: todas las otras descendientes de Beatrice no habían podido conocer a sus madres, y yo la disfruté durante diez años. Nadie podría quitarme eso.

Suspiré, guardé la foto y metí la caja debajo de la cama, empujándola hacia el fondo. Entreabrí la puerta de mi cuarto y comprobé que todos dormían: las luces de la casa estaban apagadas, a excepción de la de mi mesilla de noche, una lámpara en forma de luna que tenía desde pequeña. Cerré la puerta con cuidado y al cabo de poco oí unos toques en la ventana. Erik.

Fui a abrirle, olvidándome de todo lo demás. Me encantaba cómo le quedaban la camiseta blanca y los

vaqueros. Yo siempre iba con ropa oscura, pero me parecía que a él el blanco le sentaba fenomenal. Hacía destacar su tono de piel.

Como todas las noches durante el verano, lo primero que hicimos al encontrarnos fue mirarnos fijamente... y luego, sin decir nada ni dejarnos de mirar, acercamos nuestras caras y nos besamos despacio. Primero solo los labios, después las lenguas...

—Hola, tú —dijo Erik.

—Hola, tú —contesté.

Sonreímos, nos sentamos en mi cama y hablamos un poco de cómo había ido mi primer día de clase. Preferí no contarle lo del equipo de fútbol y le dije que bastante bien, y él dijo que hacía mucho calor y se quitó la camiseta, y a mí se me fueron las manos a su pecho.

—Eh, cuidado con esas manos —dijo riendo.

—¿Ah sí? —respondí—. ¿O qué?

—O tendré que utilizar las mías —dijo él.

Nos peleamos jugando sobre la cama, intentando no hacer ruido, hasta que me quitó la camiseta y nos volvimos a besar, pero esta vez sin ir despacio, sino apasionadamente.

Iba a acostarme con él, como cada noche, pero no podía dejar de pensar que hoy iba a ser diferente. Porque era la última vez. Y pensaba disfrutar cada momento sin amargarme. Quería rendirme al placer.

Y eso fue exactamente lo que hice.

Me dejé llevar por los besos de Erik, sentí sus ma-



nos por todo mi cuerpo y recorrí el suyo con mis dedos y con mis labios. Los dos nos esforzamos por controlar nuestros gemidos, y eso resultó más excitante aún. Disfrutamos tanto que tuvimos que acabar bajo la manta, a pesar de que hacía bastante calor, para que nadie nos oyera... ¡Fue una despedida a lo grande!

Nos quedamos dormidos abrazados, y cuando me desperté al día siguiente pensé: «Ya está, ha llegado el momento de decir adiós. Mientras él dormía a mi lado estuve pensando en eso: podría decirse que estoy acostumbrada a decir adiós. Es una forma de vivir, y no de las peores. Pensé en la cantidad de parejas, o de amistades, que mantenían su relación durante muchísimo tiempo sin ser felices. A veces, alargar las historias innecesariamente solo conduce a una sensación de cansancio, distancia y aburrimiento. Es bueno saber aceptar ciertas cosas, sobre todo las que no puedes cambiar, así que no me sentía incómoda porque mi historia con Erik hubiera llegado a su fin: estaba acostumbrada a que la gente se marchara de mi vida.

En ese momento Erik dormía a pierna suelta. Lo observé un rato, despidiéndome de él en mi interior. Los fines de semana trabajaba de jardinero en el vecindario para ganar un dinero extra, así que su cuerpo estaba completamente definido. Pero no solo era guapo, también tenía opiniones claras e inteligentes sobre temas como la transexualidad o el aborto, por

lo que mi rollo de verano había sido genial en muchos aspectos. Erik estaba bueno, tenía cerebro y el sexo... pero a pesar de todo eso, ahora debía largarse porque (comprobé el reloj) en veinte minutos toda mi familia estaría de pie y por nada del mundo podían encontrarse a un chico en la cama de su hija. Se suponía que yo, al ser la mayor, debía dar ejemplo de responsabilidad, así que Erik tenía que desaparecer de inmediato.

—Erik —susurré.

Dormía como un tronco.

Lo zarandeeé.

—Eh, despierta. Tienes que irte.

Bostezó, se estiró y me dedicó una sonrisa blanquísima (nunca me enrolló con tíos que tengan los dientes amarillos, es uno de mis principios).

—Buenos días, Margaret —dijo con voz soñolienta.

—Sí, buenos días —respondí—, pero vístete ya, que mis padres no tardarán en levantarse. —Y les puse en la cara mi reloj digital negro.

Erik aprovechó para agarrarme la muñeca con una mano y tirar de mí, mientras con la otra me atrapaba en un abrazo. Mi cara quedó a un centímetro de la suya. Cerré los ojos y pensé que su olor corporal recién levantando era bastante agradable, pero enseguida se activaron las luces de emergencia en mi mente: lo último que necesitaba era caer en la trampa de una sesión de sexo matutina. Por más apetecible

que fuera la idea, no podía arriesgarme a que Erik se quedara ni un segundo más en mi casa.

Me aparté y repetí el mensaje tan seria como la situación me permitía:

—Tienes que irte. En serio. Ya.

Me obedeció con cara de pena. Se levantó, buscó sus calzoncillos por el suelo y se los puso.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó abrochándose los vaqueros.

Me encogí de hombros. Aunque sabía que no íbamos a quedar, no podía decírselo. Sencillamente, no lo entendería. Ni yo misma sabía demasiado bien por qué no nos veríamos más, pero sí sabía que eso era exactamente lo que iba a pasar.

—Bueno, nos decimos algo —respondí—. ¡Pero ahora tienes que irte!

Fue hacia la puerta y le detuve. ¡Ni loca iba a dejarle salir por la puerta principal!

—Mejor por la ventana —le pedí bloqueando la salida.

Puso cara de no verlo muy claro, pero de ningún modo iba a arriesgarme a que se cruzara con mi madrastra, que tiene la capacidad de oír a una mariposa posándose en su rosal desde el extremo más alejado del sótano. Durante el verano mi familia había pasado un mes entero en la playa, pero yo había preferido quedarme en casa. Con la excusa de estudiar para preparar un curso que sabíamos que sería complicado, por primera vez me había salido con la mía. No fue

fácil, porque de entrada dijeron que podría estudiar en la casa de la costa, pero alegué que con el calor y la tentación de la playa no me iba a concentrar, y lo conseguí. En realidad, estaba segura de que mi madrastra estaba encantada con la decisión. Me supo mal por Jim, pero él tendría que irse acostumbrando a que su hermanita viviera su propia vida. Con diecisiete años, estaba a unos pocos pasos de ser una persona independiente. O al menos eso es lo que yo quería creer.

—Tranquilo, bajar es tan seguro como subir —afirmé.

—O sea que no soy el primero que sale por aquí, ¿verdad? —me preguntó Erik metiéndose el móvil en el bolsillo y con cara pícara.

—A mis amigas les encanta, forma parte de la aventura —dije escaqueándome de la pregunta—. Es muy fácil, son solo tres pasos: alféizar, tejadillo y césped mullido. No tiene pérdida.

—Si tú lo dices... —se resignó.

Lo empujé suavemente hacia la ventana y le ayudé a salir. Cuando estaba en el tejadillo del porche, se volvió para mirarme. Qué guapo era. Pero un escalofrío me recorrió el cuerpo, porque no volvería a verlo nunca más.

Jamás.

Mientras pensaba en eso, Erik tropezó con una teja levantada, perdió el equilibrio, rodó por el tejado y cayó al jardín. ¡Mierda! Se suponía que era un tío ágil y fuerte, ¡era jardinero los fines de semana!

—¿Estás bien? —susurré.

Erik me miró desde el suelo con expresión de dolor y se tocó el brazo izquierdo soltando un gemido. ¡Que se largara ya, por favor! ¡Con ese escándalo iba a despertar a todo el mundo!

—Mi brazo —se lamentó (demasiado alto para mi gusto).

—¡Shhhhh! —respondí para que no gritara.

Mierda, ¿por qué todas las desgracias me pasaban a mí?

Salí por la ventana, caminé por el tejadillo esquivando la teja de la mala suerte y me dejé caer sobre el césped. Con lo fácil que era... Suspiré: mi plan era que, a esas horas, el tío con el que me había acostado estuviera a muchas casas de aquí, ¡y resulta que estaba tendido en el jardín de la entrada!

Intenté ayudarle a levantarse, pero le dolía tanto el brazo que no podía moverse, y pesaba demasiado para que yo lo levantara. ¡Joder! Si hacía falta, lo arrastraría hasta el jardín de los Jansen, que se despiertan a mediodía porque están jubilados, y además están bastante sordos los dos. Lo agarré por las axilas y tiré con todas mis fuerzas, pero no podía con tanto músculo, y Erik dejó escapar un grito de dolor. Me estaba poniendo histérica, pero la histeria suele darme mucha energía, así que seguí tirando y arrastrando, hasta que...

—¿Margaret? —preguntó la voz de mi madrastra desde la ventana de su cuarto.

Hice ver que no había oído nada. Me quedé muy quieta, como si por hacerme la estatua pudiera mimetizarme con el jardín, en plan camaleón.

—¿Margaret? —repitió.

Cambié la estrategia del camaleón por otra más segura: esconderme. Di dos pasos y me agaché detrás del rosal. ¡Au! Me clavé un par de espinas en la pierna.

—¿Margaret? —volvió a decir mi madrastra, y esta vez no solo salió su voz por la ventana, sino que también asomó su cabeza—. Margaret, te estoy viendo. ¿Se puede saber qué pasa?

No solo me molestaba la voz de Amanda, que era una especie de pitido nasal insoportable, sino su desesperante manía de repetir mi nombre en cada frase. ¡Es que no podía con ella! Pero, por más que disimulara pensando en todas las cosas que me desagradaban de mi madrastra, no podía ignorar lo que ocurría a mi alrededor. Eran las siete y veinte del segundo día del curso y me había metido en un lío. Demasiado pronto, ¿no?

—Hola, señora Finneman —dijo Erik, demostrando que era un chico educado.

—¿Erik? —preguntó Amanda.

Encima lo había reconocido..., menuda bronca me esperaba. Aunque no iba a ser en ese momento, claro. Para Amanda es muy importante no armar escándalos, no lo considera de buena educación.

La cabeza de mi padre apareció al lado de la de

Amanda... y vio a su hija mayor y responsable, vestida únicamente con una de mis camisetas negras, junto al jardinero del barrio, que se había lesionado al huir de su respetable casa a primera hora de la mañana.

Y así fue como se enteraron de que había pasado la noche con un chico.

—Parece que estos dos han tenido una noche movidita —dijo Amanda en tono acusador, por si no estaba lo bastante claro—. Creo que se ha lesionado el brazo.

—Pues habrá que llamar a una ambulancia —replicó mi padre con voz neutra.

Cuando mi padre pone voz neutra, significa que luego me soltará uno de sus larguísimos discursos y que yo tendré que aguantarlo.

La ambulancia llegó a los pocos minutos. Bajaron dos hombres, inmovilizaron el brazo de Erik y lo subieron a una camilla.

—Hoy voy a un congreso fuera de la ciudad —masculló mi padre dirigiéndose a mí— y no quiero perder el avión. Pero mañana tendremos una charla, jovencita.

A mi padre le encanta dar charlas. Es sexólogo, y si por él fuera se pasaría el día hablando de sexo. Como es comprensible, no me apasionan esas charlas, porque ¿a quién le gusta hablar de sexo con sus padres? A mí no me gustaba, pero cuando mi padre se ponía a hablar de sexo conmigo pasaba una cosa

buena: me daba cuenta de lo mucho que se preocupaba por mí. Sus sermones no eran un trámite con el que cumplía por su condición de padre; yo notaba que todo lo que me decía le salía del corazón: mi padre intentaba por todos los medios ayudarme a mantener mi estabilidad mental y a controlar mis locuras.

Vale, aguantaría el sermón con la cabeza bien alta, y, aunque me cayera una bronca, en realidad no me podía quejar. ¡Y tenía un cajón en la cómoda de la entrada lleno de preservativos! Eso también estaba genial, y yo me había servido en varias ocasiones, especialmente ese verano, con Erik.

Los dos enfermeros metieron a Erik en la parte trasera de la ambulancia, yo me despedí de él con la mano y lo miré a los ojos.

Ahí estaban los números: 15-09-2018.

Es decir: «Hoy —pensé—. Adiós, se acabó.